



HUBIÉRASE CREIDO TENER Á LA VISTA UN FIEL TRASUNTO DE EVA

molestia; y á no ser por la respiracion desigual que levantaba y bajaba su seno á intervalos, y por las imágenes que debian pasar al través de su sueño tiñendo su blanca mejilla de vivo carmin, hubiérase creido tener á la vista un fiel trasunto de Eva en el jardin de la inocencia, ó soñar como soñaba el esposo la víspera del dia en que conoció el amor.

El ángel, apartando el follaje para contemplarla más á su sabor, la rodeaba en imagen de su amor celestial, bien así como la mirada de los humanos se posa, sin tocarlo, en un objeto al cual no se atreve uno á acercarse.

—¡Daidha, decia, tierna corza de las montañas! ¡Perfume escondido de estos bosques! Tu madre y tus compañeras te llaman buscándote por ellos. ¿Por qué olvido el cielo para velar por ti? Un dia y otro dia me sucede lo mismo: los ángeles mis hermanos se internan en el firmamento y recorren las esferas; en vano es que me llamen, porque yo continuo aquí abajo: ¡para mis ojos no hay cielo dónde tú no estás! ¿Por qué la ley del Señor, oh hija de la mujer, consagró mi alma á la tuya desde el punto en que nació? ¿Por qué me sacó de mi dichosa nada en la hora en que un beso te dió á luz, oh bellissima criatura? ¡Hermana gemela mia, á quien por un bárbaro sino me reune tanto amor y de quien me separa lo infinito! ¡oh! ¡Cuánto maldigo mi destino inmortal desde que creces ante mis ojos arrobados! ¡Cuántas veces, impulsado por una ternura sin límites, no pudiendo elevarte hasta mí, ardí en deseos de bajar hasta tí, de abdicar este destino para igualarte á mí, y de vivir tu vida, muriendo como tú! ¡Cuántas veces tambien, hastiado de mi dicha en mi cielo solitario y echando de ménos la tierra, estuvieron á punto de exhalar mis labios de fuego ese grito de amor que resuena en mi alma! ¡Hazme morir tambien, ¡oh Dios que la hiciste mortal! ¡Ser hombre! ¡Qué destino!.... sí, pero ser amado de ella! ¡Pero amar, ser amado, con mútua correspondencia! ¡Ah! ¡El ángel no sabe lo que es amor! ¡Ser único y perfecto que se basta á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MEXICO 1625 MONTERREY, MEXICO

si mismo, no conoce, no, la voluptuosidad suprema de buscar en otro algo que no sea él mismo, y de no vivir completamente sino viviendo en otro! ¡No tiene como el hombre en medio de sus penas la compensacion de los sinsabores humanos, la santa facultad de crear amando un sér imagen y complemento de sí propio, un sér en que el sér de dos corazones, fundidos por el amor, se multiplica en otro sér parecido á ellos! ¡Oh misteriosa ley del hombre divino, ley en virtud de la cual no encuentra éste su totalidad sino fuera de sí mismo, y que hace que no pueda amar sino consumiendo á otro! ¡Cuán preferible es ese destino sublime al nuestro, á este amor que no tiene en nosotros más que un solo foco, y que arde sempiterno sin multiplicarse en él!

»Jehovah, ¿será una blasfemia este suspiro? Pero ¿acaso amo yo, tan desdichado, tan solo? Mas ¿cómo no amarla, Dios mio? Por ventura, no tengo siempre los ojos fijos aquí abajo? ¿No me has dado por único espectáculo ese milagro mayor que todos los milagros? ¿no has hecho que presencie cómo se desarrolla y se abre esa alma virginal? ¿no me has permitido que vigile sus pasos, que regocije su corazón, y que dirija con mi soplo sus instintos indecisos, sus primeros pensamientos apenas bosquejados en su alma ingenua, inclinando su corazón como con el aliento se inclina una flor? ¿No veo su alma al través de su rostro como contemplo la luna al través de este follaje? Desde el momento en que su madre la dió á luz y la levantó orgullosa con sonrisa bañada en llanto, y estrechándola entre sus brazos contra sus blancos pechos, vió cómo despuntaba la luz de sus ojos en su pupila, ¿ha exhalado esa boca un solo vagido, ha hecho esa alma naciente un movimiento cualquiera, ha dado ese corazón que se ignora á sí mismo un solo latido que mi mirada no haya visto nacer, germinar, desarrollarse, ántes que ese vagido, ese movimiento, esa palpitacion hayan agitado su piel, como veo

esos fuegos del cielo asomar bajo el agua? ¿No lo he observado todo con el cuidadoso interés de una madre? Primeramente la impresion fugaz, efímera de la vida ensayando sus órganos nacies, vaga y confusa voz de ese concierto de los sentidos; luégo esas sorpresas llenas de intimas delicias, primicias delicadas del sentimiento naciente; despues esos arranques del corazón que no pueden calmarse sino en el corazón de una madre y con un dulce beso; esas caricias instintivas, hijas de la excesiva ternura del alma, que procuran difundirse por todo cuanto ésta ve, y que, sin causa todavía, hacian que asomaran las lágrimas á sus ojos, como penden las gotas de rocío de las hojas de las flores; más adelante, creciendo en inteligencia á medida que la edad hacia que la naturaleza irradiara al corazón, esos éxtasis, esos arrobamientos causados por las maravillas de Dios, esas turbaciones, esa sed de aspirar en su seno al mismo Dios, esa adoracion sin saber á quien se ama, esos cánticos interiores que surgen de los sentidos, que la abeja y el niño susurran sin acentos, misterioso teclado de esa alma infinita, cuya armonía se escucha sin comprender su sentido! Y por último ahora, ¡oh espectáculo harto henchido de amarga voluptuosidad para mis ojos encantados, que oprime mi alma y fascina mi vista! presenciar cómo palpita esa alma candorosa y virginal al contacto de un sentimiento nuevo, como palpita el ala de una avecilla al borde de su nido; ver cómo se penetra de un fuego que aún oculta su llama; cómo se ruboriza al pensar y sentir que es ya mujer; cómo exhala en suspiros, solitaria y cavilosa, ese instinto que ni aún la calma de la noche puede sosegar; cómo concentra sus ternuras en el foco de un corazón puro, reteniendo las caricias con sus manos, con sus ojos; cómo piensa en qué objeto podrá explayarse ese sentimiento vago, divino presentimiento del amor, procurando darle un nombre, una apariencia, cómo lo crea y lo vuelve á crear cien veces, y cómo derrama lá-

grimas al volver en sí por ese ideal amante disipado por un sol!

»¡Ah! Esto es demasiado para un hombre y hasta para un ángel! Eso es lo que veo, y aún dudo si amo! ¡Si amo!... Si no amase ¿estaría tan celoso de sus hermanos que sueñan ya con darle el nombre de esposo? Si no amase ¿me cuidaría tanto de infundirle determinados ensueños cuando se halla en ese abandono de los sentidos en que la sume el sueño, haciendo aparecer en ellos una imagen de mí mismo con facciones humanas y adornada por mis manos, un fantasma ideal cuyo brillo la fascina, un hermano rodeado de mi divino esplendor, con objeto de que tan abrasador retrato haga repugnante á sus ojos á todo sér mortal que pudiera forjarle su fantasía? Así es que, gracias á este cuerpo cuya apariencia es la mia, ve los mortales con indiferencia, y su corazón no siente amor sino por ese rostro lleno de atractivos que mi celoso instinto le presenta mientras duerme. ¡Oh! ¡Que ningún otro prevalezca á sus ojos! ¡Ah, Daidha! ¿Por qué no me es dado animar ese fantasma en que bajo falaces formas me ves todas las noches, infundirle mis amorosos arrebatos, comunicarle una voz para decirte al oído frases tan ardorosas que sean capaces de consumir tu vida?

»Si Dios me permitiera tan sólo arrebatarme sobre mis alas de amor tu hermoso cuerpo mientras duermes, mecerte en el cielo en medio de ese aire diáfano, tener sentidos como los tienen los hijos de la tierra para ver brillar en tus ojos cuando despertases un rayo más vivaz que todos los fulgores del cielo, para tocar esos cabellos cuyas espesas ondas te velan y que sobre tu blanquísimo cuello parecen más negros que la noche sin estrellas; respirar el aliento suspendido de tu labio, ó rodeándote de luz, de tibio calor y de misterio, formarte una atmósfera con mi mirada abrasadora!

»¡Oh si me fuese dable siquiera transfigurar mi sér y rebajarme un momento con tal de hablarte! Pero degenerar de

mi raza sería un baldon eterno: Dios tolera que se descienda, pero no que se ascienda de nuevo. Dicese que ciertos ángeles que se abrasaban en el mismo fuego que yo han sufrido las consecuencias de tan inflexible ley, y que atraídos por las hijas de los hombres, jamás pudieron volver á ocupar el elevado puesto en que estamos. Esos séres desterrados de su celeste morada, despues de perder para siempre su destino casi divino, condenados á morir y á renacer sin fin, separados de sus hermanos, padeciendo sus miserias sin abrigar sus esperanzas, no pueden recuperar el rango que han perdido, sino despues de pasar mil años en este globo habitado y de reconquistar su primitivo esplendor pasando por un interminable círculo de pruebas sucesivas: ángeles transfigurados, necesitan á su vez convertirse de hombres en ángeles!... ¡Oh penosa evolucion! ¡Oh destierro humillante en este infierno de lágrimas! Y sin embargo, lo han arrostrado por encantos mucho menores; y yo mismo, como si me sintiera impelido por una fuerza fatal, he maldecido cien veces mi patrio cielo! ¡Oh furiosa tempestad de amor y de orgullo, ¿no te aplacarás nunca?... Bellísima cabeza, que duermes sin sospechar mi turbacion y mis remordimientos; puesto que sueñas en mí, duerme. ¡Oh! duerme, hermosa criatura!...»

Y Daidha dormía, y desde su blanquísimo rostro la luna replegaba ya su luz bajo el follaje, y el ángel, cuyo amor se abría paso al través de la oscuridad, veía la tenebrosa noche luciendo con su belleza.

Percibiase entre tanto, en medio de aquel sagrado silencio, como el eco lejano de un paso sordo, y también algunas palabras entrecortadas y pronunciadas á media voz, que parecían salir en lontananza de las profundidades de los bosques. Al poco rato, surcaron las sombras ciertas claridades inter-

mitentes, reflejadas en los anchos y oscuros troncos y parecidas al lívido fulgor de los relámpagos que palpitan en las nubes desgarradas por el rayo.

De pronto apareció un hombre deslizándose bajo la bóveda de los copudos cedros como quien busca algo y aplica el oído, con el cuerpo inclinado, avanzando la cabeza y una pierna; y agitando, como un hacha de viento, el tronco de un pino joven hendido hasta las raíces, cuya llama devoraba la resina en azulados chorros, y cuyo fúnebre resplandor y adormecido fuego se reanimaban con más viveza á cada movimiento. A la intermitente luz de esta antorcha informe que parecía poco onerosa para aquella mano descomunal, el cuerpo lívido y azulado del hombre de la noche aparecía á la vista con ígneos colores. Su cuerpo robusto y varonil seria, comparado con el de los hombres actuales, lo que un gran cedro es á un frágil arbusto; los músculos, cuyos carnosos nudos hinchaban su piel, se enlazaban en su cuerpo como en la cerviz de un toro y las plantas gigantescas de sus anchos piés aplastaban con su peso las yerbas y las ramas. Al observar los contornos sólidos de su cuerpo, hubiérase creído que tenía miembros de mármol con huesos de hierro. Llevaba desnudos brazos y piernas, pero el velludo pecho cubierto con un horrible adorno que aterraba la vista: este adorno era la piel de un leopardo cuyo cuello habia atravesado con su venablo para hacerse un manto con ella, y cuya repugnante cabeza causaba espanto sólo al verla: pendía inmensa con sus ardientes ojos, sus ensangrentados labios y el marfil de sus dientes: las garras de la fiera, que parecían rígidas, colocadas á uno y otro lado del cuello sobre los hombros del hombre, flotaban cerca de la boca con sus amarillas uñas como si el furor las contrajera todavía. El resto de la piel, que pendía á la ventura, iba sujeto con un cinto á los costados de aquel hombre, llegándole hasta las piernas en atigrados jirones cuyos bordes habian desgarrado los perros. Sus ca-

bellos, echados atrás desde la frente, ondeaban sobre su espalda cual salvaje melena, y su cuello los sacudia lo propio que el leon sacude sus crines. Su rostro, alumbrado por los siniestros destellos del pino, llevaba impreso el tipo de la belleza varonil en sus grandes facciones comunes á los primogénitos de la tierra; pero esa mirada humana que comunica á los ojos su hermosura, ese rayo mal velado del fuego divino no lo iluminaba con los reflejos de su llama: era una belleza de carne y no de alma, en la que la luz de los sentidos reflejaba el duro y marcado contraste de sus instintos viles y poderosos, así como una claridad emanada del suelo proyecta en el semblante enérgicas líneas de luz y sombra. En aquel rostro adivinábase sin esfuerzo que la inteligencia muerta dejaba triunfar sin lucha el apetito y la fuerza de las fieras: los contraídos músculos de los labios y los ojos revelaban tan sólo doblez y ferocidad. Era en fin una soberbia y abyecta criatura que habia conservado su forma y perdido su naturaleza, tal como muchos hombres de carne y hueso que existen hoy en la tierra y para quienes jamás ha brillado el rayo de la inteligencia divina!

De su espalda pendía un recio arco de asta negra que chocaba con una aljaba de marfil, en la cual llevaba tres flechas metidas en sus tubos de metal; con una mano sostenía la antorcha ya descrita y con la otra una maza enorme. Colgaban de su hombro los pliegues de una pesada red cuyas mallas eran de hierro y que parecía deslizarse de él como una nasa que se apresta á lanzar un pescador. Marchaba vacilando de claro en claro del bosque, echando ojeadas furtivas adelante y atrás, procurando ahogar el sordo rumor de sus pasos, parándose á veces y hablando en voz muy baja.

—¡Los hombres! decía: ¡oh raza detestable! No me engañaba, no; aquí veo sus huellas; hace ya nueve largas noches que mis compañeros y yo escudriñamos estas cumbres sin poder dar con ellos; ningun cazador se atrevió jamás á subir

hasta este sitio. ¡Qué profesion tan execrable es la de cazador de hombres! Es preferible cien veces acechar á los leones en los desiertos, al mamuth entre los juncos ó al águila en los aires; pero en cambio, ¡qué placer se siente cuando se ha conseguido echar la garra á las hijas y á la madre cogiéndolas en el mismo nido! En cambio, tambien nos pagan en Balbeck mayor precio por un niño que por un leon, un tigre ó un elefante. Esos esclavos humanos tienen más inteligencia: sirven mejor para el amor, para el placer y para la venganza, y por otra parte el hombre, en su soberbia, se manifiesta más envanecido de hollar, de pisotear á su semejante; y comparando su grandeza con esta esclavitud, goza en secreto envileciendo su imágen.»

Miéntas así decia, el cazador se iba acercando á Daidha; al rebasar el tronco que la ocultaba, descubrió su presa, y en su alegría dejó levantado el pié que adelantaba para dar un nuevo paso, conociendo de una sola ojeada todo el mérito de la belleza de la jóven. Fluctuando entre el amor y la codicia, inclinóse absorto y mudo sobre aquel rostro juvenil, apartó suavemente con los dedos su cabellera, y poniéndose á contemplar los atractivos de aquella frente despejada, examinó sus facciones con infernal sonrisa; luégo, dando una palmada en señal de triunfo, volvió la cabeza hácia donde estaba su séquito invisible, y al punto acudieron al oír aquella señal seis cazadores como él hasta llegar á donde yacia la doncella.

De pié todos ellos y formando en su derredor un círculo salvaje, avanzaban la cabeza para ver mejor su rostro, miéntas el primer cazador, puesta una mano en tierra y adelantando el cuerpo, les designaba, al resplandor de la antorcha sacudida por el viento, y con ademan y mirada feroces, las maravillas de amor de aquellos precoces encantos.

—¡Chit! ¡No la desperteis! Mirad esas ondas que velan un perfil delicadísimo, esa frente en que se adivina tanta calma

al través de tanto amor, esas negras cejas que orlan su blanca piel; esas floridas mejillas en que apénas osaria posarse el casto beso de una madre, y esos labios entreabiertos por un hálito suave, á través de los cuales se pueden contar los dientes que apénas sobresalen de ellos, y que en esa boca semejan las gotas de blanca leche que deja el pecho materno en los labios de una criatura! Y esa garganta más aterciopelada que el largo cuello del cisne, y el armonioso contorno de ese torso infantil, parecido á las imperceptibles ondulaciones de un riachuelo ántes de soplar la brisa matutina. Y esos mórbidos brazos, y ese corazón levantado por el fantástico amor que no se acerca á ella sino en sueños y esos piecitos blancos de torneados dedos, pulidos y modelados para volar y triscar, como dos redondas guijas acarreadas por la corriente, y que cabrian aún en la mano de su madre. ¡Oh! Cuando haya trascurrido una primavera y un estío y esos retoños de belleza tengan así tiempo de llegar á su completo desarrollo; cuando el rayo del amor, de que sólo se alimenta la mujer, haya avivado su llama al través de esas negrissimas pestañas, en vano buscarán un defecto los hijos de Baal en ese rostro encantador! ¡Qué de sangre y lágrimas se han de derramar por disputarse su posesion! ¡Y cuántos tesoros me proporcionarán esos mismos encantos! Ni con cien esclavos se me pagaria, oh amigos, ese dulce filtro animado que duerme á mis piés!

Al oír esta codiciosa esperanza de tan enorme provecho, sus envidiosos compañeros prorumpieron en un murmullo confuso de envidia y de ira.

—Esa jóven nos pertenece tanto como á tí, Nemfid. ¿Crees por ventura que hemos andado sin parar por espacio de tres lunas para que te enriquezcas tú solo con nuestro feliz hallazgo?

—¡Malvados! exclamó Nemfid levantando el brazo: ¿os figurais que he de haceros participes de lo que yo sólo he encontrado?

Su imprecación espiró en sus labios. De una sola y feroz ojeada pusiéronse de acuerdo sus compañeros, y antes que el soberbio gigante se enderezase del todo, cayeron á la vez sobre su cabeza seis mazas que de un solo golpe le deshiciéron el cráneo y sus propósitos. El gigante cayó sin movimiento, no mediando más que un gemido entre la explosión de su ira y su muerte; y al caer retendió el suelo hasta en sus raíces.

Los fulgores de la antorcha y el estrépito de la lucha despertaron á Daidha; de su alma surgió un grito de espanto engendrado por el horror, y así como una serpiente dormida se iergue de un solo esfuerzo muscular al sentir el pié que la oprime, así también la joven se levantó de un brusco salto sin apoyar las manos en el suelo, y rompiendo el círculo que en torno suyo formaban los cazadores, deslizóse como una brisa entre sus dedos; pero uno de ellos lanzóse al punto en su seguimiento, desplegó la red que de su brazo pendía, y sin dejar de correr la arrojó sobre su presa; la red se extendió totalmente al surcar los aires, y la sofocante nube de sus mallas de hierro rodeó á la doncella encerrándola en una especie de movable cárcel: entónces la hórrida banda se detuvo á algunos pasos de ella, contemplando con la mirada clavada en su cuerpo, cómo Daidha se consumía en impotentes esfuerzos.

En vano levantaba la doncella los brazos para librarse de aquella red cuyo tejido parecía caer á chorros sobre ella; el férreo velo contra el cual se destrozaba los dedos gravitaba con todo su peso sobre su agobiada frente, mezclándose y adhiriéndose entre sus largos cabellos á su cuello inclinado y á sus hombros que bajo la red se plegaban, y á la manera de un lienzo mojado en las espumosas olas, iba siguiendo los movimientos de su cuerpo y torturándolo; el sudor y la sangre salpican su lacerada piel; llama á su madre, llora, grita, se golpea la frente; pero las mallas de hierro ahogan sus gri-

tos y parecen sofocarla. Luego trata de roer con sus dientes de leche el ensangrentado nudo de las mallas, pero en vano es que éstas chorreen sangre. Para desprenderse de ellas, hace un esfuerzo más enérgico que nunca, endereza todo el cuerpo, lo encoge, se revuelve, y tomando impulso da un salto que deja admirados á los cazadores, pretendiendo librarse de un golpe de la camisa de acero que le encorva el cuello; pero cuanto más salta, más se pliega la red; su paso vacila bajo los resbaladizos nudos de esta, y cediendo al peso aumentado de sus múltiples mallas, cae rodando á los piés de sus enemigos.

Al ver aquellos esfuerzos cuyo horror hubiera arrancado lágrimas á los ángeles, al contemplar aquel hermoso cuerpo ataraceado entre sus horribles ligaduras, prorumpieron los cazadores en unánimes carcajadas cuyos sostenidos ecos repercutieron en las profundidades del bosque añadiendo al suplicio el amargo sarcasmo.

—Hermosa niña, decía uno, ¿por qué no sigues llamando á tu madre? Haz que acuda á tu voz para que vea cómo juegas y ate de nuevo esos nudos de flores si llegan á romperse.

Otro exclamaba en son de burla:

—¡Pobre criatura! ¡Cómo se ruboriza! ¡Cómo palpita su corazón! Despréndete, si puedes, de los brazos de ese amante, rompe esos nudos de hierro y respira un momento!

Y otro, designando con el dedo aquel hermoso rostro que yacía ensangrentado á sus piés, decía:

—¡Lástima es por cierto que manches de polvo y de lágrimas esa linda cara que muy en breve sembrarán de flores! ¿Por qué lastimar así esos sedosos hombros, y esa piel infantil que el hierro marca y desgarrar, y ese seno virginal, y esos piés delicados cuya huella no faltarán labios que besen muy pronto? Da tregua, encantadora doncella, á esos furores y á esas lágrimas. ¿Ignoras acaso que cada esfuerzo nos priva de alguno de tus encantos, que cada señal de tus magullados

miembros rebaja gran parte del precio que pensamos sacar por ti?

Y recorriendo con la vista las cárdenas contusiones y las gotas de sangre que brotaban de sus heridas, movido de avaricia y no de piedad, lamentaba el estado de aquella masa viviente que removía con el pié.

Entre tanto Daidha, rendida de tanto luchar y cada vez más enlazada en la angosta red, hacia infructuosamente los más dolorosos y desesperados esfuerzos para desprenderse de ella, al oír tan horribles sarcasmos. La angustia que la oprimía se echaba de ver en los frecuentes estremecimientos de sus miembros, que palpitaban bajo el peso que los laceraba, hasta que la red, indicando la progresiva postración de sus fuerzas, quedó aplanada é inmóvil.

No de otra suerte se ve en las orillas intranquilas del azulado lago Meótides una codiciosa banda de afanosos pescadores atrayendo á la arena un hermoso cisne cautivo en la flotante red que han lanzado desde su esquife: la voluptuosa ave, tendida en la playa, destroza su plumaje en las espesas mallas, viendo brillar entre ellas su mar predilecto y el anchuroso y libre espacio; entónces pugna por extender sus alas en toda su amplitud para reunirse con las bandadas de sus hermanos de nido, da bruscas sacudidas con los piés, con el cuello, con el pico y los costados, en la elástica prision y en sus nudos resbaladizos, hasta que cediendo á la presión que la abruma, mancha su cuello de sangre y su plumaje de arena.



SEGUNDA VISION

Cedar, el ángel de Daidha, testigo invisible de aquel prolongado suplicio, no estaba léjos de allí, y si mi voz es impotente para expresar su martirio, ¿qué frases podrían demostrar cuál era el tuyo, oh espíritu de amor? Saliendo de su arrobamiento al oír aquellos gritos, lleno de estupor, aturdido, habíase quedado sin voz, sin palabra, como el hombre que pasa por la tierra y cuya alma se remonta á los espacios.

Lo había oído todo ántes que Daidha; todo había tenido resonancia de un corazón á otro; cada gota de horror de los miembros de la doncella había traspirado de sus miembros y brotado de su alma; había visto á la jóven sorprendida durante su sueño, oído la siniestra conferencia de los cazadores, sabido el infame provecho que estos se proponían sacar de su virginidad, y visto cómo se repartían, cual salteadores de caminos, á la misma en quien no osaban fijar sus lascivas miradas. Abrigaba la esperanza de que durante la repugnante disputa, acudirían los hermanos de la doncella á terminar tan inicua lucha, á salvar á su hermana de aquellos brazos falaces, derribando á sus plantas al infame raptor, pero cuando vió que aparecían entre las sombras los siete cazadores, acercándose presurosos al oír la señal de éste, y que Daidha, su amor, se retorcia sin esperanza de socorro entre los nudos de